

Capítulo XIV Lo innominable: morir

Luego de estar alrededor del moribundo, el personal del hospital se retira. "Síndrome de la huida de los médicos y las enfermeras".¹ El distanciamiento se acompaña de consignas cuyo vocabulario ya pone al ser vivo en la posición del muerto: "Tiene necesidad de *descansar*... Déjenlo *dormir*". *Hace falta* que el moribundo esté en *calma* y en *reposo*. Más allá de los cuidados y de los calmantes necesarios prescritos al enfermo, esta consigna cuestiona la imposibilidad, para el entorno, de *sostener la enunciación* de la angustia, la desesperanza o el dolor: que no se *diga* eso.

Los moribundos son proscritos (*outcasts*) porque son marginales de la institución organizada por y para la conservación de la vida. Un "duelo anticipado", fenómeno de rechazo institucional, los coloca por adelantado en la "cámara mortuoria"; los envuelve en el silencio o, lo que es peor, con mentiras que protegen a los vivos de la voz que haría añicos este muro para el grito: "Voy a morir". Este grito produciría una *embarrassingly graceless dying*.^{*} La mentira ("pero no, todo va a salir bien") es una protección contra la comunicación. Pues el habla prohibida, si llegara a sobrevenir, traicionaría la lucha que moviliza al hospital y que, suponiendo que *cuidar* quiera decir *curar*, no quiere reconocer el fracaso; resultaría una blasfemia.

¹ Maurice Berger y Françoise Hortala, *Mourir à l'hôpital*, París, Centurion, 1974, p. 155.

^{*} "Una muerte molesta, falta de gracia" (L.G.).

Una práctica impensable

Además, con la muerte en suspenso, el moribundo *cae* fuera de lo *pensable*, que se identifica con lo que se puede *hacer*. Al salir del campo que circunscriben las posibilidades de intervención, entra en una región de insignificancia. Nada puede decirse allí donde nada puede hacerse. Junto con el ocioso, más que él, el moribundo es inmoral: uno, sujeto que no trabaja; el otro, objeto que ya no se ofrece a un trabajo; ambos intolerables en una sociedad donde la desaparición de los sujetos en todas partes se compensa y se disfraza por la multiplicación de las tareas. Hizo falta el nazismo, lógico en su totalitarismo tecnocrático, para tratar a los muertos y llevar los procedimientos de rentabilidad al límite que les opone, inerte, el cadáver.

Dentro de esta combinación entre sujetos sin acción y operaciones sin autor, entre la angustia de los individuos y la administración de las prácticas, el moribundo lleva la cuestión del sujeto a la frontera extrema de la inacción, allí donde es la más impertinente y la menos tolerable. Entre nosotros, la ausencia del trabajo es el sinsentido; hay que eliminarlo para que se continúe el discurso que incansablemente articula tareas y que construye el relato occidental del "siempre hay algo que hacer". El moribundo es el lapsus de este discurso. Es y sólo puede ser obsceno. De tal forma se encuentra censurado, privado de lenguaje, envuelto en una mortaja de silencio: innominable.

La familia tampoco tiene nada que decir. El enfermo le es arrancado por la institución que se hace cargo no del individuo, sino de su mal, objeto aislado, transformado o eliminado por los técnicos consagrados a la defensa de la salud como otros están encargados de la defensa de un orden o de la limpieza. Expulsado de una sociedad que, conforme a las antiguas utopías, limpia sus calles y sus casas de todo lo que parasita la razón del trabajo —los desechos, la delincuencia, las dolencias, la vejez—, el enfermo debé seguir su enfermedad allí donde se la trata, en las empresas especializadas donde pronto se transforma en un objeto científico y lingüístico ajeno a la vida y a la lengua cotidianas. Se le aparta en una de las zonas técnicas y secretas (los hospitales, las prisiones, los vertederos) que aligeran a los vivos de todo lo que detendría la cadena de la producción y del consumo, y que, en la sombra donde nadie gusta penetrar, arreglan y escogen lo que puede ser retornado a la superficie del progreso. Retirado de la circulación en ese punto, se convierte en un desconocido para los suyos. Ya no se aloja en sus casas ni en sus hablas. Tal vez el exiliado volverá del país extranjero del que, en su país, desconoce la lengua y que sólo podrá ser olvidado. Si no vuelve, permanecerá como un objeto lejano, no significable, de un trabajo y de un fracaso imposibles de rastrear en el espacio y en el lenguaje familiar.

Considerada como un fracaso o una tregua provisional del combate médico, sustraída de otra parte de la experiencia común, al sobrevenir pues en el límite del poder científico y fuera de las prácticas familiares, la muerte está *en otra parte*. En una sociedad que no conoce oficialmente del "reposo" más que la inercia o el desperdicio, queda abandonada, por ejemplo, a lenguajes religiosos que ya no tienen curso, devuelta a ritos antes desafectos a creencias que los habitaron. Es colocada en esos espacios de otro tiempo, también "desplazados" por la productividad científica, que proporcionan al menos la forma de deletrear con algunos signos (vueltos indescifrables) esta cosa privada de sentido. Espectáculo ejemplar y nacional: el fasto que rodeó la muerte de de Gaulle era desde hace mucho tiempo considerado como "superstición" por la mayoría de los notables que le confiaban su muerto. Lo que no podían nombrar lo ponían a cargo de un lenguaje que no podían creer. En los repertorios religiosos, diabólicos, hechiceros o fantásticos, léxicos marginados, lo que se deposita en secreto o resurge enmascarado es la muerte que se ha vuelto impensable e innominable.²

Decir es creer

Que, reprimida, la muerte vuelva en un lenguaje exótico (el de un pasado, de religiones antiguas, o de tradiciones lejanas); que deba evocarse en dialectos extraños; que resulte tan difícil expresarla en su lengua como morir "en casa", define a un excluido que sólo puede regresar disfrazado. Síntoma paradójico de esta muerte sin frases, toda una literatura señala el punto donde se enfocan las relaciones con lo que no tiene sentido. El texto prolifera alrededor de esta herida de una razón. Una vez más, se sostiene con lo que sólo puede ser callado. La muerte es la cuestión del sujeto.

Un indicio: los tratamientos analíticos muestran hasta qué punto la experiencia se articula con base en la posición del sujeto sobre su muerte. El melancólico dice: "No puedo morir";³ el obsesivo: "No puedo no morir" ("Antes que nada, dice Freud, los obsesos tienen necesidad de la posibilidad de la muerte para resolver sus conflictos").⁴ Pero antes de aparecer en el campo del intercambio psicoanalítico, esta posición del sujeto compete a la cuestión de Edipo: "¿Entonces cuando yo ya no sea

² Ver Michel de Certeau, *L'Absent de l'histoire*, París, Mame, 1973.

³ Ver Guy Le Gaufey, "La douleur mélancolique, la mort impossible et le réel", en *Lettres de l'École freudienne*, núm. 13, dic. de 1974, pp. 38-49.

⁴ Ver Serge Leclair, *Démasquer le réel*, París, Seuil, 1971: "Jérôme ou la mort dans la vie de l'obsédé", pp. 121-46.

nada me convertiré verdaderamente en un hombre?" Jacques Lacan comenta: "Allí comienza la continuación de la historia: más allá del principio del placer". Pero precisamente allí se añade un tercer silencio a los de la institución encargada y del lenguaje común: el silencio del sujeto mismo. Éste busca sobre todo un *decir*. Boris Vian:

No quisiera reventar
no Señor, no Señora,
antes de haber saboreado
el gusto que me atormenta,
el gusto más fuerte.
No quisiera reventar
antes de haber probado
el sabor de la muerte.

Entre reventar en el bote de basura, obsesión subyacente en la *struggle for life** que se generaliza en Occidente, y morir, hay una diferencia del *habla* que articula con base en la pulverización del haber y de las representaciones la pregunta "¿Qué es *ser*?" Pregunta "ociosa". Hablar que ya nada dice, que no tiene nada más que la pérdida donde se forma el decir. Entre la máquina que se detiene o revienta, y el acto de morir, hay la *posibilidad de decirlo*. La *posibilidad de morir* se mueve en este espacio.

Detenido en el comienzo de la diferencia entre reventar y morir, el moribundo está impedido de decir esa nada en la que se convierte, incapaz de hacer la acción que sólo produciría su cuestión. Le bastaría hasta tener como sitio el que recibiría en el lenguaje del otro, en este momento en que ya no tiene bienes ni pruebas que presentar. Sólo ser *llamado* —"¡Lázaro!"— y descrito por su nombre propio en la lengua de otro deseo, sin que nada propio, tanto en su muerte como en su nacimiento, le dé el derecho, constituiría una comunicación más allá del intercambio. Allí podría confesar la relación necesaria del deseo con lo que no puede tener, con una pérdida. Eso sería "simbolizar" la muerte, encontrar para eso palabras (que no "acarrear" contenido alguno), abrir en la lengua de la interlocución la resurrección que no hace recobrar la vida.

Pero este sitio se rehúsa a quien está aislado. La pérdida de sus poderes y de sus rostros sociales le impide también lo que parece permitirle: el acceso a la relación mutua cuyo léxico cuenta solamente "me haces falta".

Hay sin embargo una coincidencia primera y postrera entre morir, creer y hablar. En efecto, a todo lo largo de mi vida, finalmente no

puedo sino *creer* en mi muerte, si "creer" designa una relación con *el otro* que me precede y no cesa de producirse. No hay ningún "otro" más que mi muerte, índice de cada alteridad. Pero nada tampoco precisa mejor el sitio desde donde puedo expresar mi deseo del otro, mi gratitud por ser —sin garante ni bien alguno que ofrecer— recibido en el lenguaje impotente de su espera; nada entonces define más exactamente que mi muerte lo que es *hablar*.

Escribir

El "último momento" es sólo el punto postrero donde se refugia, se exagera y se aniquila el deseo de decir. Sin duda lo que en la muerte tiene forma de espera se insinúa mucho antes en la vida social, pero siempre le hace falta enmascarar su obscenidad. Su mensaje se traiciona en los rostros a punto de deshacerse, pero sólo cuentan con mentiras para decir lo que anuncian (cállese, relatos de envejecimiento que cuentan mis ojos, mis arrugas y tantas torpezas), y uno se abstiene de hacerlas hablar (no nos digan, rostros, lo que no queremos saber).

El secreto *inmoral* de la muerte se deposita en las grutas protegidas que le reserva el psicoanálisis o la religión. Habita las vastas metáforas de la astrología, de la nigromancia o de la hechicería, lenguajes tolerados a tal punto que forman las regiones del oscurantismo del que se "distinguen" las sociedades del progreso. La imposibilidad de decir se remonta pues a mucho antes del momento en que los esfuerzos del locutor se anulan junto con él. Se inscribe tal imposibilidad en todos los procedimientos que encierran la muerte o la empujan fuera de las fronteras de la ciudad, fuera del tiempo, del trabajo y del lenguaje, para salvaguardar un sitio.

Pero al producir la imagen del moribundo, procedo del mismo modo. Participo en el señuelo que localiza la muerte en otra parte, en el hospital o en los últimos momentos: la metamorfoseo en imagen del otro; al identificarla en el moribundo, hago de ella *el lugar donde yo no estoy*. Por medio de la representación, exorcizo la muerte, colocada en el vecino, relegada a un momento del cual postulo que no es el mío. Protejo mi sitio. El moribundo del que hablo permanece obsceno si no soy yo.

El cambio total se inicia en el trabajo mismo de escribir y del cual las representaciones sólo son el efecto y/o el desecho. Me pregunto sobre lo que fabrico, pues el "sentido" está allí oculto en la acción, en el acto de escritura. ¿Por qué escribir, si no en nombre de un habla imposible? Al comienzo de la escritura, hay una pérdida. Lo que no se puede decir —una imposible adecuación entre la presencia y el signo— es el postulado del trabajo que siempre recomienza y que tiene como principio un no lugar

* "La lucha por la vida" (L.G.)

de la identidad y un sacrificio de la cosa. La exhortación de Joyce: "¡escríbelo, demonios, escríbelo!"⁵ nace de una presencia arrancada al signo. La escritura repite lo que falta a cada una de sus grafías, reliquias de un andar a través del lenguaje. Deletrea una ausencia que es su condición previa y su destino. Procede por abandonos sucesivos de sitios ocupados, y se articula sobre una exterioridad que se le escapa, su destinatario llegado de otra parte, visitante esperado pero jamás escuchado en los caminos escriturarios que han trazado sobre la página los viajes de un deseo.

Práctica de la pérdida de la palabra, la escritura sólo tiene sentido fuera de sí misma, en otro sitio, el del lector, que ella misma produce como su propia necesidad al dirigirse hacia esta presencia que no sabría ganar. Va hacia un habla que jamás le será dada y que, por eso mismo, construye el movimiento de estar indefinidamente ligada a una respuesta desligada, absoluta, la del otro. De esta pérdida se forma el escribir. Es un gesto propio de un moribundo, una retirada de lo que se tiene al atravesar el campo de un conocimiento, un modesto aprendizaje del "hacer una seña".

De esta forma, la muerte que no se dice puede escribirse y encontrar un lenguaje, aun cuando, en este trabajo del gasto, retorna constantemente la necesidad de poseer por medio de la voz, de negar el límite de lo infranqueable que articula entre ellas presencias diferentes, de olvidar en un conocimiento la fragilidad que instaura en cada sitio su relación con las demás.

El poder terapéutico y su doble

De esta escritura "literaria" que se construye en una relación con la muerte, se distingue el sistema "científico" (y también "escriturario") que parte de una división entre la vida y la muerte, y que encuentra la muerte como su fracaso, su caída o su amenaza. Desde hace tres siglos, se ha necesitado esta división de la vida y de la muerte para que sean posibles los discursos saturados de la ambición científica, capaces de capitalizar el progreso sin sufrir la falta del otro. Pero únicamente su transformación en instituciones de poder les ha permitido constituirse.

De esta forma, la división que ha opuesto a la muerte un trabajo conquistador, y la voluntad de ocupar por medio de una administración económica y terapéutica el inmenso espacio vacío de los campos del siglo XVIII —región de la desgracia, nueva tierra de los muertos vivientes— han organizado el conocimiento en una relación con la miseria. Una

⁵ James Joyce, *Giacomo Joyce*, París, Gallimard, 1973, p. 16.

institucionalización del conocimiento médico ha producido la gran utopía de una *política terapéutica* que abarca, de la escuela al hospital, todos los medios de luchar contra el trabajo de la muerte en el espacio social. Una transformación general en el poder dio forma "médica" a una administración encargada de *curar* y, más aún, de organizar el *orden* en acciones de *prevención*.

Esta campaña sanitaria debía rellenar todas las fisuras por donde se insinuaba el enemigo. Consideraba a la escuela misma como un sector particular de una "policía médica"; invadía regiones de la vida privada para tapar, con medidas sanitarias, todas las vías secretas e íntimas que se abrían al mal; instituía la higiene como problema nacional en una lucha contra la desgracia biológica. Este modelo médico de la política se refería simultáneamente a la ambición occidental de un *progreso* sin fin del *cuerpo* (en una economía del desafío cuyo deporte se volvía la representación pública) y a la obsesión de una sorda y permanente degeneración (que comprometía el capital biológico sobre el cual descansaba la expansión colonizadora del país).

La escritura, posibilidad de componer un espacio conforme a una voluntad, se articulaba sobre *el cuerpo* como sobre una página móvil, opaca, huidiza. De esta articulación el libro se convertía en la experiencia en el laboratorio, en el campo de un espacio económico, demográfico o pedagógico. El libro es, en el sentido científico del término, una "ficción" del cuerpo sobre el que puede escribirse; es un "escenario" construido por la prospectiva que busca *hacer del cuerpo lo que una sociedad puede escribir*. En lo sucesivo, ya no se escribe *sobre* el cuerpo. Es el cuerpo el que debe transformarse en escritura. Este cuerpo-libro, relación de la vida con lo que se escribe, ha tomado poco a poco, de la demografía a la biología, una forma científica cuyo postulado es en todas partes la lucha contra la senescencia considerada unas veces como una fatalidad y otras como un conjunto de factores controlables. Esta ciencia es el cuerpo transformado en página en blanco donde una operación escrituraria puede indefinidamente producir el adelanto de un querer hacer, un progreso.

Pero como el papel de escribir, este cuerpo sostén se gasta. Lo que se produce como dirección de vida, dominio o escritura del cuerpo no deja de hablar de la muerte en el trabajo. Lo que escapa o vuelve al discurso de la ciencia reconoce al adversario obsesivo que pretende exorcizar. Y de todas partes, una literatura prolifera en torno a la institución política y terapéutica. Reanima a este diablo y cuenta la inquietante proximidad del exilio. De Nietzsche a Bataille, de Sade a Lacan, esta "literatura" que, desde el siglo XVIII, la instauración del discurso "científico" ha expulsado de su "propio" campo y constituido como otra, marca en el lenguaje el regreso de lo eliminado. Hoy, es también la región de la *ficción*. Declara del conocimiento lo que éste calla. Es "diferente" sólo por-

que, al dejar de tratar los objetos que produce la operación escrituraria, tiene como sujeto esta operación; habla de la escritura misma, trabajo del libro en el campo de la muerte; es el volverse sobre sí mismo por el mito escriturario; es "ficción" en este sentido que, dentro del espacio del libro, deja reaparecer al otro indiscreto de quien el *texto* social quisiera ocupar el sitio; pone en escena, dentro del mismo lugar de su eliminación, al inseparable excluido cuya sexualidad y muerte conducen a veces a una interrogante. Al responder a la ciencia con una irrisión todavía ocupada por lo fantástico que ha creado o con una poética de la alteración y el desposeimiento, el espacio escriturario se erotiza. En la forma del mito del progreso —el Libro—, se desarrolla el peligroso juego de la reconstrucción. El cuerpo mismo al fin se *escribe* ahí, pero como éxtasis nacido de la herida del otro, como "gasto" de un placer indisociable de lo efímero, como el incansable punto de fuga que conjuga "el exceso" con lo perecedero.

En una problemática escrituraria ligada a la capacidad de no perder nada del tiempo que pasa, de contarlo y acumularlo, de hacer rentable lo adquirido para hacer del capital el sustituto de la inmortalidad, el cuerpo vuelve como el *instante*, simultaneidad de la vida y de la muerte: las dos en un mismo lugar.⁶

Lo perecedero

Queda todavía el hecho de que la muerte no se nombre. Pero se escribe en el discurso de la vida, sin que sea posible designarle un sitio particular. La biología encuentra a "la muerte impuesta desde dentro". François Jacob: "con la reproducción mediante la sexualidad, es necesario que desaparezcan los individuos".⁷ Una muerte es la condición de posibilidad de la evolución. Que los individuos pierdan su sitio, tal es la ley de la especie. La transmisión del capital y su progreso están asegurados por un testamento que siempre debe firmar un muerto.

Más allá de las señales que, de todos lados, reestablecen en la escritura su relación con la sexualidad y la muerte, se puede preguntar si el movimiento histórico que desplaza las figuras reprimidas —"En tiempo de Freud eran la sexualidad y el moralismo; ahora, es una violencia tecnológica ilimitada y una muerte absurda"—⁸ no es más bien la revela-

⁶ Sobre esta estructura topológica del "dos en el mismo sitio", estructura del sujeto dividido, ver Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, pp. 315-29.

⁷ François Jacob, *La Logique du vivant*, París, Gallimard, 1970, pp. 331-2.

⁸ Robert Jay Lifton, *Death in Life. The Survivors of Hiroshima*, Nueva York, 1968, cit. en A. Alvarez, *Le Dieu sauvage. Essai sur le suicide*, París, Mercure de France, 1972, p. 281.

ción progresiva del modelo que articulaba las prácticas sociales y que sucede en la representación a medida que disminuye su eficacia. La decadencia de una civilización edificada sobre el poder de la escritura contra la muerte se traduciría en la posibilidad de escribir lo que la organizaba. Sólo el fin de una época permite enunciar eso que la ha hecho vivir, como si le hiciera falta morir para convertirse en libro.

Entonces escribir (ese libro) es tener que avanzar a través del terreno enemigo, en la región misma de la pérdida, fuera del dominio protegido que había dividido la localización de la muerte en otra parte. Es producir frases con el léxico de lo perecedero, en la proximidad y hasta en el espacio de la muerte. Es *practicar* la relación entre gozar y manipular, en este intervalo donde una pérdida (un lapsus) de la producción de bienes crea la posibilidad de una espera (una creencia) sin apropiación pero ya agradecida. Desde Mallarmé, la experiencia escrituraria se despliega como la relación entre el acto de avanzar y el suelo mortífero donde se traza su acción itinerante. A este respecto, el escritor es también el moribundo que intenta hablar. Pero, en la muerte que sus pasos inscriben sobre la página en negro (y ya no en blanco), sabe, puede decir el deseo que espera del otro el exceso maravilloso y efímero de sobrevivir en una atención que él mismo altera.